

de las hordas del Don y del Cáucaso, lanzadas en su persecución como lobos famélicos y aves de rapiña.

¡Waterloo! Teatro en que se protagoniza la última escena de la azarosa vida de Napoleón.

Y con el espíritu de observación del facultativo tiene un ominoso presentimiento; teme un desenlace fatal. Avizora la tragedia. Se encuentra solo. No están a su lado los brillantes mariscales que se movían en el tablero de ajedrez de las batallas, dentro del vértigo alucinante de su genio de estratega. Trata de ganar tiempo. Se impacienta frente a la perspectiva de que la noche con su manto cubra el valle sin que antes se haya inclinado a su favor la balanza de la victoria.

Transcurre el minuto decisivo. Camina inexorable el tiempo. Wellington es el vencedor. Y juega el destino con la obra realizada durante veinte años por el más osado de los capitanes. El castillo de naipes levantado a costa de tanta sangre es arrastrado por el viento.

¡Waterloo! Trágica encrucijada del destino. Allí palidece la estrella que tuvo su orto en Ajaccio y el ocaso en Santa Elena.

[Trabajo publicado en la revista *Historia para todos*, N° 3, Caracas, 1979, p. 339].

JULIO RAMOS

Por LUIS BELTRÁN GUERRERO

Julio Ramos nació el 3 de octubre de 1901, en Curarigua de Leal, Distrito Torres del Estado Lara. Ha muerto el 22 de marzo, en un hogar de ancianos de Caracas.

Julio Ramos había desafiado el régimen del general Gómez e ido a la cárcel por soñar con una democracia decente. López Contreras le nombró Cónsul en Dublín, Irlanda, la Isla de los Santos, tierra de James Joyce. Renuncia al poco tiempo, diciendo que ese consulado era inútil. Después, fue administrador de haciendas heredadas por la nación, con la mayor eficacia, honestidad y provecho de la República. Insatisfecho, fue de los fundadores de Acción Democrática. Cónsul en San Francisco, Ottawa, Hamburgo; Embajador en Honduras y Uruguay. En donde estuvo, puso en alto el nombre de la patria.

Por la entereza de sus convicciones republicanas, hombría de bien y amor sacrificado a la verdad, Julio Ramos hubiera podido alternar con los varones que dieron lustre a la nación en el período llamado conservador en nuestra historia, nunca superado en la pulcritud administrativa ni en la armoniosa conjunción de

libertad y orden. Viniendo del pueblo, y haciendo honor a él por sus ejecutorias, ni como escritor, ni como político se desvió al oportunismo demagógico. No le sedujeron los *ismos* ni literarios ni políticos, para mercar con ellos en tiendas de gloriolas o sufragios; y se conservó señero y entero, atento a la verdad de su conciencia, y ajeno al plegadizo esguince que pudiera haber favorecido su circunstancia personal.

Julio Ramos conoció toda la gama del periodismo, desde la dirección de periódicos —*La República, Fantoques, El 41*— hasta la administración; desde el editorial hasta el suelto. Columnista, supo atrapar el hecho diario para comentarlo con sagacidad, enmendando entuertos y rompiendo lanzas por la justicia. Su estirpe literaria es propiamente la de los moralistas: Gracián, La Rochefoucault, La Bruyère. La experiencia vital se tradujo en él por la aguda observación. Aspiraba a normas de conducta que todos practicasen.

Autor de novelas, cuentos y epopeyas —*Los Conuqueros, Falconete, Gerardo Sol* (biografía del Alberto Ravell), *Ruleta Zodiacal, La selva, Las vidas del Gato*—; su obra de ficción, escrita como sus crónicas en un castellano claro, castizo y preciso, deja de serlo ciertamente, si se entiende ésta como obra de la imaginación pura y simple, porque en Julio Ramos la ficción es un pretexto para expresar la realidad, las más veces la realidad política de su país, cuya historia conoció tanto en texto corrido como en entrelíneas y entreletras. Este pretexto le condujo a la sátira de costumbres y personalidades con cierta socarronería humorística.

A PROPOSITO DE UN ARTICULO DE LA REVISTA DE INDIAS¹

Por ZULLY CHACÓN *

"La historia es el gran problema de la existencia del hombre, esclarecedora del por qué de la vida y del cómo del tiempo presente".

GUILLERMO MORÓN.

Revisando los Indices de la excelente publicación periódica *Revista de Indias*, del Instituto Fernández de Oviedo, tropecé con un artículo cuyo título llama, sobremanera, la atención de todo hacedor de la historia. UNA DEFENSA A LOS ENCOMENDEROS es título que impacta a nuestro ente latinoamericano. Uno se pregunta cómo alguien puede defender tan funesta institución, ¿acaso ésta no atropelló todo nuestro pasado indígena?

1. REVISTA DE INDIAS, Instituto Fernández de Oviedo, N° 67, Madrid, enero-marzo 1957, pp. 123-134 (Sec. Miscelánea).

* Miembro del Departamento de Investigaciones.